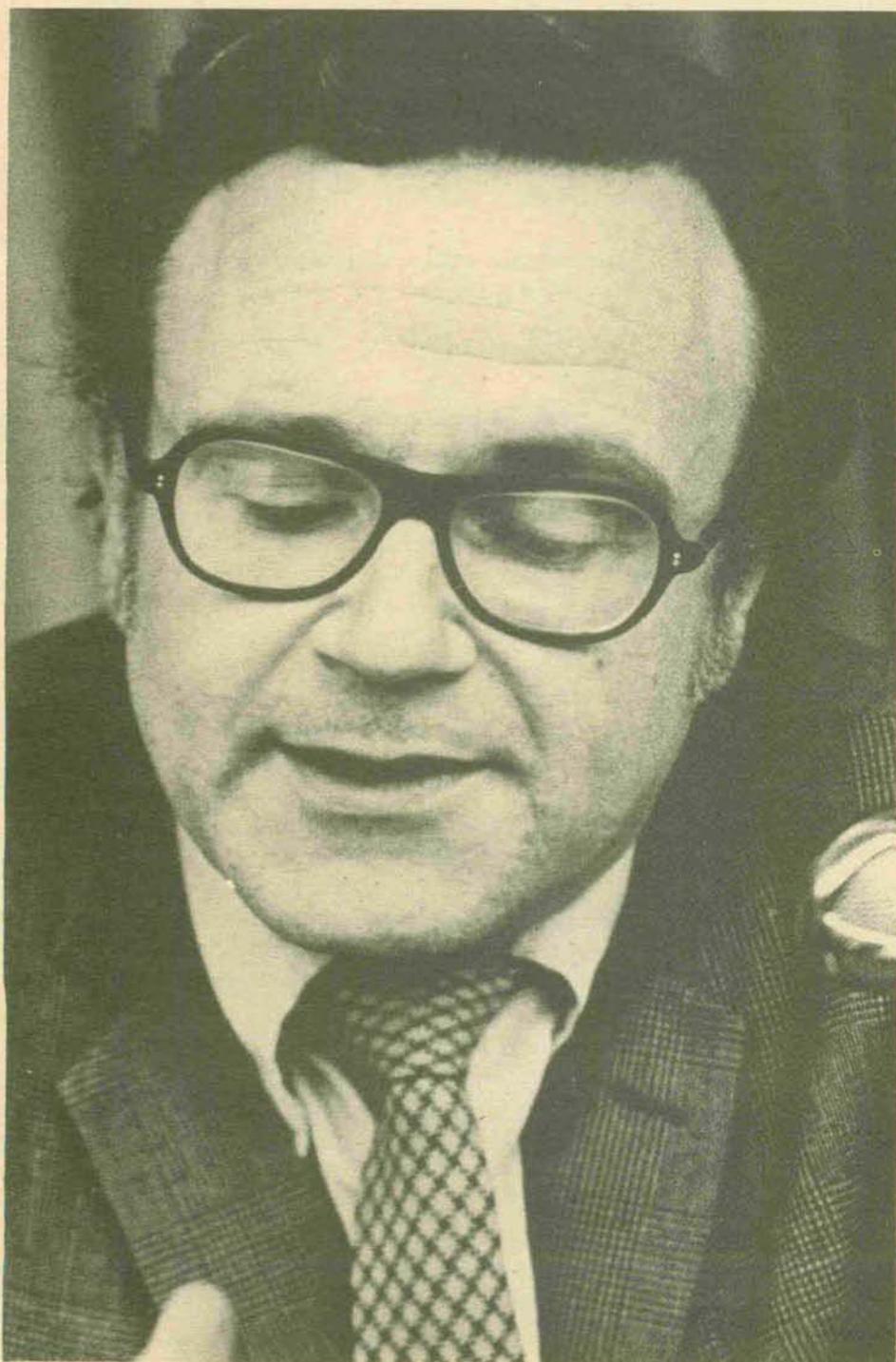


MALEFAKIS, Historiador del Partido Socialista Español



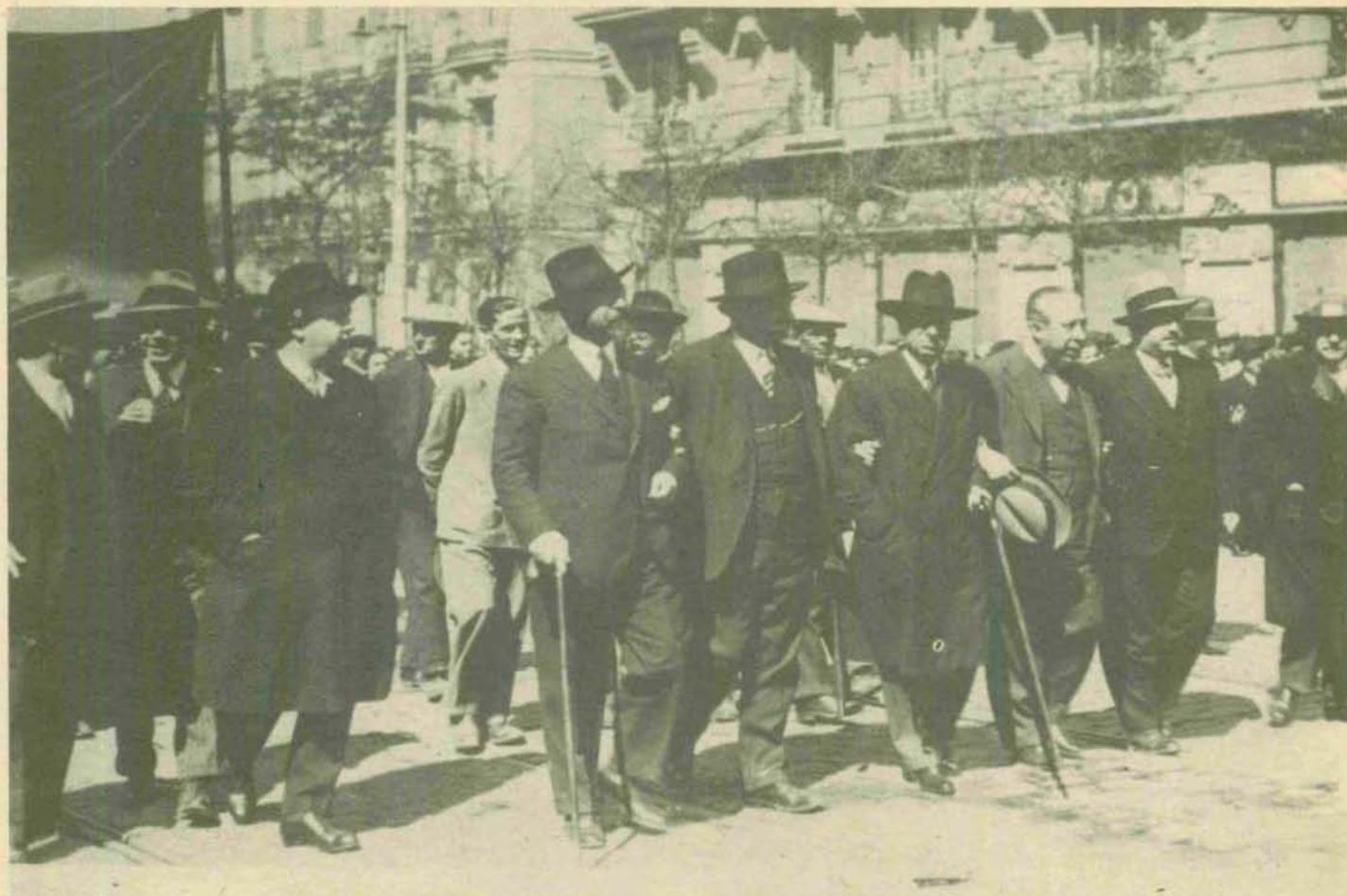
EDWARD Malefakis es el autor de «Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX» (Ariel, Barcelona, 1971). Libro cuya aparición en España despertó una curiosidad que trascendió los límites del mundo académico especializado para llegar al interés de sectores más amplios.

Americano, profesor de Historia —Portugal, España, Grecia— en la Universidad de Columbia (Nueva York), Edward Malefakis acaba de realizar en nuestro país una investigación sobre la historia del Partido Socialista Obrero Español.

Malefakis adelanta aquí alguna opinión sobre distintos aspectos de lo que más tarde será el tema central de su próximo libro: un estudio general sobre la historia del P. S. O. E.

—Usted actualmente investiga y estudia el fenómeno del socialismo español. ¿Qué le ha llevado a elegir este aspecto de nuestra historia más próxima frente a otros aspectos también muy sugerentes?

EDWARD MALEFAKIS, AUTOR DE «REFORMA AGRARIA Y REVOLUCION CAMPESINA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XX» Y AHORA HISTORIADOR DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL (P.S.O.E.).



EL SOCIALISMO ESPAÑOL TUVO UNA GRAN IMPORTANCIA A PARTIR DE 1917 Y SU PAPEL DURANTE LA REPUBLICA FUE TOTALMENTE DECISIVO. LA FOTO MUESTRA LA CABECERA DE UNA MANIFESTACION EN HOMENAJE A PABLO IGLESIAS, DONDE 150.000 PERSONAS ERAN PRESIDIDAS POR LOS MAS DESTACADOS LIDERES SOCIALISTAS: LARGO CABALLERO, PRIETO, DE LOS RIOS, ALBORNOZ...

EDWARD MALEFAKIS.—Cuando estaba escribiendo el libro sobre la Reforma Agraria me sorprendió el hecho de que la mayor parte de los estudios sobre las clases obreras en España estuvieran centrados en el anarcosindicalismo —un énfasis quizá más patente en el mundo de habla inglesa—, a pesar de que el socialismo tenía una gran importancia a partir, digamos, de 1917 y, sobre todo, durante la República cuando tuvo, a mi juicio, un papel más decisivo incluso que la C. N. T. También contribuyó el hecho curioso de que, mientras los anarquistas habían escrito unos libros muy interesantes sobre la historia de la C. N. T. —el de Peirats o el de César Lorenzo—, ningún socialista desde Morato en 1918 había hecho lo mismo sobre la historia del socialismo. Todo esto me decidió, después

de finalizar mi estudio sobre la Reforma Agraria en el 68, a trabajar en este campo. Entretanto, claro, muchas otras personas han tenido la misma idea y durante los últimos años han aparecido varios libros que estudian el socialismo y otros se están escribiendo; es decir, la necesidad, actualmente, de un estudio de este tipo no es tan obvia como antes. Pero como en muchos casos se trata de monografías de personas específicas o sobre períodos concretos de la historia del socialismo, creo que un estudio general como el que yo quiero escribir posiblemente puede cumplir todavía alguna función.

—¿Cuáles son, a su juicio, las razones que motivaron el desencanto de Largo Caballero hacia la República en 1933?

E. M.—Me parece que a esta cuestión nos podemos aproximar desde dos niveles: un nivel, diríamos, lógico y externo y otro psicológico e interno a Largo Caballero. Las razones lógicas que explican el cambio serían las que él mismo mencionaba, es decir, su desilusión por el ritmo de reforma durante los dos primeros años de la República y su convicción de que colaborando con los republicanos no se podía construir una sociedad nueva que desembocara en una sociedad socialista. Los obreros, pensaba Largo Caballero, debían dejar a un lado sus alianzas con la República y luchar por sí mismos, posiblemente en colaboración con los anarquistas y comunistas, pero, en todo caso, por sus propias fuerzas para, a través de una revolución, crear una dictadura del proletariado, sin la cual no sería posible cam-



LARGO CABALLERO —A QUIEN VEMOS ABRAZADO POR UNA MILITANTE EL PRIMERO DE MAYO DE 1936— MOSTRO DESDE 1933 SU CONVICCION DE QUE COLABORANDO CON LOS REPUBLICANOS NO SE PODIA CONSTRUIR UNA VERDADERA SOCIEDAD SOCIALISTA. CONVICCION QUE CONTRIBUYO A CREAR UNA GRAVE ESCISION DENTRO DEL PARTIDO.

biar la sociedad por completo. A nivel psicológico resulta difícil explicar por qué una persona, que antes se había mostrado bastante cauta, cambia tanto de personalidad hasta tal punto que llega a aceptar cosas que antes no hubiera aceptado y a seguir una política que antes le hubiera dado mucho miedo. Entre las razones posibles, Madariaga señala el hecho de la fuerte influencia que ejercen sobre Largo Caballero hombres como Arakistain y Alvarez del Vayo; pero esto solamente nos conduce a otra cuestión: ¿por qué empezaron a influirle tanto? Otra explicación que me parece más convincente sería la influencia que ejerció en él el enorme crecimiento de la fuerza obrera, tanto en el campo socialista como en el anarquista. Quizá este creci-

miento hizo que Largo Caballero se olvidara, en cierto modo, de las realidades objetivas y creyera que los obreros podían hacer ahora lo que antes no habían podido. Hay, por cierto, quien dice que bajo este proceso de transformación aparente, subyace una consistencia teórica, pero yo no la veo claramente. En cualquier caso, habría que subrayar que Largo Caballero por sí solo no creó la radicalización del Partido Socialista, sino que ésta se estaba produciendo de todas maneras. Pero al mismo tiempo es cierto que si Largo Caballero no hubiera apoyado a los sectores radicalizados dentro del partido, esta radicalización no hubiera tomado el control del P. S. O. E.

—Durante el primer bienio

(1931-33) la República no consigue realizar todos los cambios que se había propuesto. ¿Cree usted que Largo Caballero era consciente de las causas reales que motivaban aquella, digamos, lentitud?

E. M.—Por una parte, había razones para que Largo Caballero pudiera pensar que las causas se debían a la mala fe de los republicanos, dado que muchos republicanos de izquierda asustados por la creciente, impopularidad del Gobierno Azaña, empezaron en el verano del 33 a apartarse de la coalición con los socialistas, para seguir una política más moderada que la llevada a cabo durante los dos primeros años. Entre ellos había personas que gozaban de bastante poder

político, como Gordón Ordáx, que llegó a dominar el partido radical socialista en el verano -otoño del 33, o como Felipe Sánchez Román que, aunque no tenía un partido grande, sí tenía un prestigio considerable. Es decir, existían algunas razones por las cuales los socialistas podían empezar a hablar de traición por parte de los republicanos de izquierda, pero, al mismo tiempo, Sánchez Román, Gordón Ordáx, etc., representaban sólo una parte de los republicanos y la radicalización socialista favoreció, precisamente, a estos disidentes. A mí me parece que si los socialistas no hubieran empezado tan pronto a decir «nos han traicionado» y a pedir la «dictadura del proletariado», la quiebra de confianza de los republi-

canos de izquierda —que nunca llegó a ser total ni mucho menos— no hubiera llegado a tal extremo. En cuanto a si Largo Caballero conocía las causas reales —atraso y pobreza del país, incidencia retardada de la crisis del 29, etc.— verdaderamente importantes, hay que decir que durante la Dictadura y durante su actuación como ministro de Trabajo de la República, Largo Caballero parecía muy consciente de estas realidades. Por ejemplo, sorprende su disponibilidad para modificar decretos como el de laboreo forzoso o el de términos municipales, a fin de ajustarlos a las críticas que existían en contra. También recuerdo que me impresionó mucho un preámbulo que escribe Largo en el 31, al parecer perso-

nalmente, a una ley para combatir el paro forzoso. Habla allí casi como un liberal, es decir, casi tiene demasiado presentes las realidades objetivas. Pero —y volvemos al brusco giro que se produce— Largo Caballero parece perder conciencia de esas realidades no sólo económicas, sino sociales y políticas, pues teniendo en cuenta que por el verano y otoño del 33 los socialistas no estaban dispuestos a intentar la revolución, el único campo de batalla era el electoral y lo más viable una alianza lo más estrecha posible con los republicanos de izquierda, a lo que se negaron los socialistas, con gran perjuicio para ellos y para la República.

—¿A qué cree que se debe la



EN UNA POSTURA CONTRARIA A LA DE LARGO CABALLERO, INDALECIO PRIETO (EN LA FOTO, TRAS SER ENCARGADO DE FORMAR GOBIERNO) ERA PARTIDARIO DE UNA ESTRECHA COLABORACION CON LOS REPUBLICANOS DE IZQUIERDA. EN REALIDAD, PRIETO NO QUERIA LA REVOLUCION SOCIALISTA. ESPECIALMENTE POR LAS CONSECUENCIAS INTERNACIONALES QUE PODIA ENGENDRAR.

LOS SOCIALISTAS VEIAN EN LA C. E. D. A. UN AUTENTICO PELIGRO DE FASCISMO, SOBRE TODO DESPUES DE QUE LA CONFEDERACION DE DERECHAS AUTONOMAS —A CUYO LIDER, JOSE MARIA GIL ROBLES, VEMOS HABLANDO EN EL PARLAMENTO— LLEGASE AL PODER EN 1934.

sobrevaloración por parte del P. S. O. E. de sus posibilidades en las elecciones de 1933?

E. M.—Frente a las elecciones del 33 no existe un criterio unánime dentro del bloque socialista. Cuando Largo Caballero inicia a finales de julio esta nueva política en el discurso del cine Pardiñas, Besteiro empieza inmediatamente a manifestar su oposición a Largo, porque no veía probable que el P. S. O. E. pudiera llevar a cabo una revolución con éxito. También Prieto, partidario de una estrecha colaboración con los republicanos de izquierda, se manifiesta en contra de esta política y en agosto —en la Escuela de Verano de Torrelodones—, aunque inicia su discurso diciendo que es posible hacer la revolución, porque el P. S. O. E. es con gran diferencia la fuerza más grande y la única fuerza organizada, etc.; sin embargo, en la segunda mitad de su alocución queda muy claro que Prieto no quería esta revolución y sus palabras están llenas de advertencias; si bien, creo recordar, estas advertencias apuntaban más a las consecuencias internacionales que podía tener una revolución en España —no aceptación por parte de las otras potencias, boicot económico, etc.—, que a las consecuencias de orden interno. En cuanto a la base del partido hay que tener en cuenta que a la euforia excesiva del período 31-32 en el que los obreros habían conseguido victorias relativamente fáciles, sobreviene en 1933 el gran desencanto, provocado por un aumento en las cifras de paro, por la fuerte oposición de las asociaciones patronales y por las pocas espe-



ranzas de que la coalición republicano - socialista en el poder creara nuevas disposiciones sociales, como la del turno riguroso de colocación de empleo, vital para los socialistas, que a nivel local no podían encontrar trabajo en razón de su militancia. Todos estos factores, y también el miedo producido por el triunfo de los nazis en Alemania, producen lo que suele llamarse un vo-

luntarismo dentro del Partido Socialista. Cuando sobrevienen situaciones de desencanto o de desesperación —y este fenómeno se produce repetidamente en la historia 66 se pierde la racionalidad de los cálculos fríos que se había tenido en otras ocasiones, para actuar por motivaciones emocionales que no obedecen a razones lógicas. Este voluntarismo se empieza a



manifestar en el Partido Socialista a mediados y finales de 1933; un voluntarismo que no se puede explicar racionalmente, sino a través de factores emocionales.

—El desengaño que sufren los socialistas en 1933 frente a la República, se convierte con el acceso de la C. E. D. A.

al poder en 1934 en un auténtico temor. ¿Qué opina usted de la objetividad de este temor por parte de los socialistas e, incluso, del peligro real que suponía la C. E. D. A. para el mismo régimen republicano?

E. M.—Me parece muy difícil dar una respuesta segura a esta

pregunta, porque creo que en la C. E. D. A. coexisten varias tendencias. Había algunos elementos, sobre todo en las Juventudes, que se pueden llamar casi abiertamente fascistas. La C. E. D. A. también había imitado del fascismo alguna de las tácticas electorales y de movilización de masas; había asumido sobre todo la idea del «Jefe» y su obediencia absoluta. Es decir, había unos rasgos fascistas en el estilo de actuación de la C. E. D. A. Creo que era mucho más importante, sin embargo, la influencia monárquica: la C. E. D. A. tenía más monárquicos entre sus miembros que los mismos partidos monárquicos. De ahí el peligro, mayor que el fascista, de que hubiera un intento de volver a un régimen monárquico en España. Al mismo tiempo dentro de la C. E. D. A. existía un verdadero «accidentalismo» que no se fijaba primordialmente en las formas de gobierno como tales. Muchas personas situadas en el centro del partido estaban dispuestas a aceptar una república que se autodefiniera de una manera distinta a como se había definido con la coalición de Azaña; entre estas personas yo incluiría la figura compleja de Gil Robles. Más a la izquierda de estos «accidentalistas» se encontraba un grupo que se podía denominar como de socialcristianos o de cristiano-demócratas que no quería una monarquía, que no deseaba tampoco un republicanismo puramente conservador o del «statu quo», sino que quería la República como un medio para llevar a cabo cambios sociales en un sentido católico. La gran figura de este grupo fue Jiménez Fernández; también habría que destacar a Luis Lucía. Es decir, si en casi todos los partidos que existieron durante la República había mucha heterogeneidad —en los radicales y radical-socialistas sobre todo— creo que la C. E. D. A. era con mucho el más heterogéneo de



FERNANDO DE LOS RÍOS FUE DE LOS QUE DENTRO DEL PARTIDO, COMBATIERON LA POSTURA REVOLUCIONARIA DE LARGO CABALLERO, SIGUIENDO ASÍ EL ENFOQUE DE PRIETO EN BUSCA DE UNA POLÍTICA DE PACTOS Y ALIANZAS.

todos. De todos modos, pienso que el predominio dentro del partido no lo tenían ni los fascistas, ni incluso los monárquicos intransigentes: en definitiva, aquellos que estaban dispuestos a obrar fuera de la legalidad existente. Por lo tanto, creo que el peligro que representaba la C. E. D. A. para la República como pura forma de gobierno nunca fue tan grande como pensaban los socialistas y muchos republicanos de izquierda. Al mismo tiempo, no cabe duda de que, dada la debilidad del ala cristiano-demócrata —más débil aún que el ala netamente fascista— y el conservadurismo muy estrecho de los «accidentalistas», la C. E. D. A. suponía un gran peligro para el contenido progresista y renovador que había dado la coalición de Azaña a la República entre 1931-33. Pienso que hay que ir más allá de la cuestión: ¿hasta qué punto

amenazaba la C. E. D. A. a la República, para plantear otra pregunta bastante distinta: cómo debía uno enfrentarse contra esta amenaza? Tanto los republicanos de izquierda como los socialistas creían que la C. E. D. A. constituía un peligro, pero sólo los socialistas se lanzaron a la revolución.

—Entonces, ¿qué intención cree que mueve a los socialistas a lanzarse en octubre de 1934: la toma del poder o la defensa de la República?

E. M.—Como he dicho en mi libro sobre la Reforma Agraria, me parece que la política de los socialistas en el 34 y también en el 33 era una mezcla de miedo y de extrema confianza; una mezcla de razones defensivas y agresivas. He apuntado ya algunas de las razones defensivas; en cuanto a las agresivas, An-

drés de Blas, en un reciente artículo, breve pero muy inteligente, donde analiza la radicalización de Largo Caballero, llega a la conclusión de que no puede decirse que el grupo caballerista, al menos, tuviera como objetivo la defensa de la República democrática y parlamentaria, tal como había existido durante los dos primeros años, sino que utilizaba este razonamiento como autojustificación frente a la opinión pública. Lo que verdaderamente motivaba a los caballeristas, según De Blas, era el establecimiento de una dictadura del proletariado en la cual no hubieran podido continuar las formas parlamentarias. Azaña, en dos páginas de sus memorias que constituyen el análisis más profundo que yo conozco sobre este asunto, llegaba a la misma conclusión. Decía Azaña que si esta revolución hubiera triunfado, los socialistas solamente hubieran podido consolidarla a través de la utilización de unas medidas tan dictatoriales e, incluso, tan sangrientas que no hubiera quedado nada de la democracia parlamentaria de la II República. Es verdad que Largo Caballero no había presentado ningún programa para después de la revolución y que el único programa medio difundido, el de Prieto, no era puramente socialista. Pero, como dice Azaña, los hechos hubieran superado el programa de Prieto, que, por otra parte, no fue aprobado por la Comisión Ejecutiva del partido, o cualquier otro programa de este tipo. El espíritu de la revolución del 34 no fue tolerante y legalista, como el de la revolución burguesa-democrática del 30-31, sino amargo y radical.

—Usted hablaba hace un momento del voluntarismo que llevó, quizá, a que la euforia de los caballeristas aumentase en grado inverso a las posibilidades reales de conquista del poder por parte del P. S. O. E. Largo Caba-

llero parece creer en la inevitabilidad inmediata del advenimiento del socialismo; sin embargo, la reciente experiencia alemana les pudo hacer dudar de esta especie de mecanicismo.

E. M.—Los acontecimientos alemanes se utilizaban, al contrario, para justificar la política de Largo Caballero, porque decían que lo ocurrido en Alemania se debía, precisamente, a que los obreros no se habían lanzado, ofreciendo así la oportunidad a Hitler para que tomara el poder. Por lo tanto, en España los obreros tenían que radicalizarse y mostrar su fuerza para que esta alternativa fascista no fuera posible. Los caballeristas y muchos otros llegan a decir, incluso, que la revolución de octubre, a pesar de su fracaso, había obstaculizado la venida del fascismo a España y que si los obreros no se hubieran lanzado en Asturias, se habría implantado un régimen fascista inmediatamente, lo que me parece un razonamiento completamente absurdo. Más sorprendente, creo, y más triste es que después del fracaso de la revolución, Largo Caballero no cambie de postura en el año 35 y en el 36, cuando muchos de los que habían aceptado y apoyado la línea radical en 1934, durante este período no sólo huyen de ella, sino que hacen todo lo posible para combatirla. Entre estas personas se encontraban grandes líderes del partido, como Prieto y Fernando de los Ríos y casi todos aquellos que habían participado en la revolución de Asturias. Es patente el caso de González Peña que en el 36, después de ser liberado de la cárcel, inicia una serie de discursos conjuntos con Prieto para oponerse a la tendencia caballerista. De todos estos hechos habría que destacar una serie de consecuencias: el rechazo por parte de los caballeristas de *reconstituir plenamente* la coalición de izquierda



JULIAN BESTEIRO SE CONSIDERABA UN SOCIALISTA MAS PURO QUE LARGO CABALLERO, FERNANDO DE LOS RIOS O PRIETO, PERO SU POLITICA SOLO ERA APLICABLE A LARGO PLAZO, CUANDO MUCHAS VECES LA REALIDAD YA LA HABRIA SUPERADO.

republicano-socialista crea una división que desvirtúa la victoria del Frente Popular y hace más débiles los gobiernos republicanos de la primavera del 36. Por otra parte, Largo Caballero, al seguir con una política revolucionaria, radicaliza, unifica y justifica a las derechas; y, dado que esta política existía más en un nivel retórico que real, no obtiene ningún efecto positivo compensatorio, a no ser el de conseguir en los obreros un estado de exaltación y preparación

psicológica más favorable para oponerse, cuando llegó, al alzamiento militar. Sin embargo, es posible que sin esta radicalización, el levantamiento militar no hubiese tenido tanto apoyo por parte del ejército y de algunas masas civiles, quedándose, quizá, en algo más parecido a la intentona de Sanjurjo sin llegar a lo que de veras ocurrió.

—¿Qué significación cree que tenía el ala socialista de Besteiro?

E. M.—El grupo de Besteiro creo que tiene un gran interés, pero más bien desde un punto de vista teórico y humano. Besteiro fue el único que desde el principio y abiertamente se opuso a la política de radicalización, pero pienso que su grupo, precisamente porque en aquellos momentos de intensa vida política seguía anclado en los aspectos teóricos del socialismo, dejó de tener un papel decisivo dentro del partido. Sus posiciones críticas hacia la política que, de hecho, estaba siguiendo el partido fueron bastante inteligentes, pero la alternativa que representaba el movimiento de Besteiro no me parece que tuviera ninguna posibilidad de imponerse e, incluso, pienso que de haberse llevado a la práctica hubiera sido perjudicial para el socialismo. A finales de los años 20, Besteiro se siente atraído por un tipo de corporativismo extraño; un corporativismo no católico, sino económico-social-estructural, cuyo fin sería la creación de grandes consejos capaces de aglutinar a muchos sectores —no solamente obreros— para abordar los problemas económicos y sociales que existían en el país. En Bilbao, hacia mayo del 36, Besteiro dedica la mayor parte de su discurso a hablar de la creación de un consejo de este tipo para las minas, que por entonces atravesaban una crisis, y también para la agricultura. Antes había hecho lo mismo en un discurso importante, pronunciado en Mieres en julio del 33. En cualquier caso, la idea fundamental de Besteiro, su deseo más profundo, era el de alejar al partido socialista de la participación directa en los órganos políticos ejecutivos del país. Pensaba Besteiro que los socialistas debían aprovechar el tiempo, durante el cual se irían consiguiendo una serie de cambios de orden social y económico bajo este régimen semicorporativo, para alcanzar una mejor preparación y un mayor apoyo

entre las masas. A largo plazo se producirían aquellas condiciones que hicieran factible la toma completa del poder. En una palabra, Besteiro creía que en aquellos momentos el socialismo tenía un papel más importante fuera del gobierno que dentro y tras una intervención indirecta más que directa o inmediata en las luchas políticas. Una posición bastante difícil para mí, tanto de entender como de explicar, pues pienso que tiene poco sentido.

—¿Se podría pensar, entonces, que el pensamiento de Besteiro había dejado de ser socialista y que del socialismo sólo conservaba el lenguaje?

E. M.—Esto no es seguro. Besteiro se consideraba un socialista más puro, por ejemplo, que Caballero, Fernando de los Ríos o Prieto, pero su política se podía aplicar únicamente a muy largo plazo y lo peligroso de este tipo de políticas es que mientras se está esperando a que las condiciones sean óptimas, a veces los acontecimientos se precipitan.

—Dentro del bloque socialista, ¿qué posición ocupaban Prieto y sus seguidores a partir de octubre de 1934?

E. M.—A partir del 34, Prieto intenta conseguir el control del partido e influir en la U. G. T.; es decir, inicia entonces una lucha abierta y muy dura contra las Juventudes Socialistas y en oposición a la política de Largo Caballero; que defendía solamente las alianzas obreras y que rechazaba la colaboración con los republicanos. Esta lucha llega a ser pública en abril y mayo del 35, cuando Prieto publica una serie de artículos en «El Liberal», de Bilbao, que son reproducidos en otros periódicos, y que se llamaban «Posiciones Socialistas». En cuanto a la influencia de su política dentro del partido, hay

que decir que los prietistas llegaron a convencer a Largo Caballero —contrario en principio a la coalición del Frente Popular— para que no se opusiera a la formación de este pacto electoral; lo que significó una victoria muy importante. Una vez que Prieto regresa de Francia —donde estuvo exilado durante 1935—, EMPIEZA A ACTUAR TANTO EN LA Comisión Ejecutiva y en «El Socialista», los dos bajo control prietista, como en ámbitos más amplios. Por aquel tiempo desarrolla al máximo sus funciones públicas y son muy importantes los discursos conjuntos con González Peña, donde Prieto ataca lo que él llamaba «izquierdismo infantil de la izquierda», utilizando términos de Lenin. Sigue insistiendo Prieto en la necesidad de una colaboración leal con los republicanos, en parte porque no consideraba posible una verdadera alianza con los anarcosindicalistas —reacios a colaborar con los socialistas en ocasiones anteriores— ni con los comunistas. Decía Prieto que aun en el caso de que pudiera llegar a formarse una coalición solamente obrera, no sería suficiente; en sí misma, para conseguir los fines que se había propuesto Largo Caballero. Habría que decir también que, aunque Prieto se opone a la política caballerista, su oposición no llegó a ser nunca frenética ni total, ya que Prieto trataba de evitar la escisión en el partido. La retórica y los métodos —sobre todo el atentado contra Prieto en Ecija en mayo del 36— empleados por los caballeristas me parecen mucho más duros.

—De las dos líneas políticas —caballerista y prietista—, ¿qué táctica piensa usted que se podía considerar más acertada?

E. M.—Optar ahora por una de estas dos líneas políticas resulta fácil en el sentido de que gozamos de una perspectiva en el

tiempo y de un desapasionamiento que nos permiten acercarnos a aquellos hechos de una manera que fue imposible para aquellos hombres, acuciados por la inmediatez de su acción. De todos modos, diré que de todo lo que yo conozco sobre el socialismo y sobre aquel período de la historia española, pienso que la línea política de Prieto fue muchísimo más acertada que la de Largo Caballero.

—¿Hasta qué punto cree usted que la táctica comunista en 1936 representa una opción más moderada que la caballerista-C. N. T. - F. A. I.?

E. M.—Me parece que en los discursos el tono de los comunistas fue claramente más favorable al Frente Popular que el tono de los discursos de Largo Caballero. También los comunis-

tas se presentaban con más entusiasmo al pacto electoral que los caballeristas y apoyaban más abiertamente a los gobiernos de los republicanos de izquierda que ejercían el poder en el 36. El entusiasmo de los comunistas tiene una base muy firme en el sentido de que su línea de actuación coincidía con la política que por aquel entonces seguía la Internacional Comunista. Por otro lado, sin embargo, de las votaciones que se llevaron a cabo en el Parlamento se puede pensar que los comunistas eran tan radicales —si no más— que cualquier otro grupo. Es decir, la famosa «moderación» de los comunistas —algunos dirían su posición «antirrevolucionaria» e incluso «reaccionaria»— durante la guerra civil no se había desarrollado plenamente todavía. De todas formas, y como es bien conocido, los caballeristas

se consideraban más a la izquierda que los comunistas; algunos, como Araquistain en junio del 36, llegan a jactarse de esto. Es lógico que ocurriera así, porque desde el 34 los caballeristas se encontraban en un estado psicológico más exaltado que cualquier otro grupo obrero; un estado de exaltación más parecido al que caracterizaba a los anarquistas en muchas ocasiones, o al que predominaba entre los comunistas de la Europa Central desde 1918 hasta 1923, que a la política habitual del partido socialista español. Como en muchas otras ocasiones me parece que esta exaltación excesiva tuvo efectos contraproducentes. Debilitó el gran compromiso histórico que representaba la República burguesa sin poder conseguir el triunfo de una República plenamente social. ■
J. P.

EN 1936, EL PARTIDO COMUNISTA SE MOSTRO MAS FAVORABLE AL PACTO ELECTORAL QUE LA FRACCION SOCIALISTA ENCABEZADA POR LARGO CABALLERO. EL P. C. —UNO DE CUYOS MITINES MASIVOS, ESTA VEZ EN BILBAO, RECOGE LA IMAGEN— SE SENTIA RESPALDADO POR LA POLITICA QUE EN ESOS MOMENTOS SEGUIA LA INTERNACIONAL COMUNISTA.

